JORGE CUTTING

SALVACION, CERTIDUMBRE Y GOZO

- **Si eres creyente en Cristo,**
  ¿Por qué no estás seguro de tu salvación?
- **Si eres salvo,**
  ¿Por qué no sientes el gozo de la salvación?

QUINTA EDICIÓN ESPAÑOLA

DEPÓSITO DE LITERATURA CRISTIANA

BUENOS AIRES: AV. FOREST, 1520

LOS ANGELES 2829 HYANS STR

1956

Salvación, Certidumbre y Gozo

- **Si eres creyente en Cristo,**
  ¿Por qué no estás seguro de tu salvación?
- **Si eres salvo,**
  ¿Por qué no sientes el gozo de la salvación?

QUINTA EDICIÓN ESPAÑOLA

DEPÓSITO DE LITERATURA CRISTIANA

BUENOS AIRES: AV. FOREST. 1520

LOS ANGELES 2829 HYANS STR

1956

SALVACION, CERTIDUMBRE Y GOZO.

* * *

¿En qué clase viaja usted? He aquí una pregunta que suele oírse a los viajeros en las estaciones de ferrocarril. Permíteme, lector, que te dirija la misma pregunta a ti, porque ciertamente tú también eres un viajero que de este presente tiempo te diriges a la Eternidad, y ¿quién sabe si no está muy próximo el momento de tu llegada al **término?**

Permíteme, repito, que con el mayor interés te pregunte: «¿En qué clase vas viajando?». No hay más que tres clases, y te explicaré cuáles son, para que tú mismo en conciencia te pruebes, como si estuvieses en la presencia de Aquél *«a Quién tenemos que dar cuenta»*.

Pudiéramos decir que en PRIMERA clase viajan aquellos que *están salvados*, y que *saben que lo están*.

En SEGUNDA clase, aquellos que *no tienen la certeza* de su salvación, pero que *ansían tener* aquella certeza.

Y en TERCERA clase, aquellos que tanto *no están salvados*, como que son *enteramente indiferentes* a tal cuestión.

De nuevo te pregunto: «¿En cuál de estas tres clases vas viajando?» ¡Ah! qué locura es el permanecer *indiferente* a lo que se refiere a la Eternidad!

Hace poco, viajaba yo en ferrocarril, y vi llegar a un hombre corriendo, que, atravesando el andén, escasamente tuvo tiempo de tomar asiento en un vagón, cuando ya el

tren se puso en marcha. «¡Cómo ha debido usted correr para coger este tren!», díjole uno de los pasajeros. «Es verdad», respondió jadeante, «pero he ganado *cuatro horas*, y esto bien vale la pena de correr».

¡Cuatro horas ganadas! Al oír estas palabras, no pude menos de decirme a mí mismo: Si el ganar cuatro horas se considera de tal importancia, ¡cuánto más debe serlo cuando se trata de la Eternidad! Sin embargo, existen millares de hombres sagaces y previsores en todo cuanto se refiere a sus intereses en este mundo, pero que en tratándose de los intereses eternos parecen afectados de ceguera. A pesar del infinito amor de Dios hacia los pecadores, manifestado en el Calvario; a pesar de su declarado aborrecimiento al pecado; a pesar de la evidente brevedad de la vida del hombre y de la terrible probabilidad de encontrarse después de la muerte con un remordimiento insoportable en el infierno, del otro lado de aquella sima que separa los salvados de los perdidos; a pesar, digo, de todo esto, el hombre corre descuidado a su triste fin, y tan descuidado como si no existieran ni Dios, ni muerte, ni juicio, ni cielo, ni infierno. Si tú, lector de estas páginas, fueses uno de tantos, ruego a Dios que tenga misericordia de ti, y que en este mismo momento te abra los ojos para reconocer tu peligrosísima situación, al permanecer en la resbaladiza orilla de una infelicidad sin fin.

Amado lector, tanto si lo crees como si no, tu situación es sumamente crítica. No dejes para otro día los asuntos de la Eternidad. La dilación es un arma de Satanás para engañarte y perder tu alma, portándose en esto, en su verdadero carácter, no sólo como un «ladrón», sino también como un «homicida». Cuán verdadero es el refrán que dice: «El camino de *más tarde* conduce a la ciudad *de nunca*». Ruego, pues, a mi benévolo lector que no siga su viaje por ese camino, pues «*ahora es el día de la salvación*».

Acaso alguno dirá: «Yo no permanezco *indiferente* a los intereses de mi alma; pero el caso es que tengo la más viva angustia por causa de la

pudiera decir, siguiendo el símil, que estoy entre los viajeros de segunda clase.»

Pues bien, lector amigo; tanto la indiferencia como la incertidumbre son hijas de una misma madre, que es *la incredulidad*. La indiferencia procede de la incredulidad en lo tocante al pecado y a la ruina en que el hombre yace: la incertidumbre procede de la incredulidad tocante al infalible remedio que Dios ofrece. Estas páginas van dirigidas especialmente a aquellos que, como tú, desean tener la completa e inequívoca certeza de su salvación. Me explico tu ansiedad, y estoy cierto de que cuanto más sinceramente te sientas interesado en este tema de importancia suma, mayor será tu avidez, hasta que *tengas la certeza* de que en realidad estás salvado para siempre. Porque «*¿qué aprovechará al hombre si granjeare todo el mundo y pierde su alma?*»

Supongamos el siguiente caso: El hijo único de un padre amante está navegando, cuando llegan noticias de que el buque ha naufragado en una costa lejana. ¿Quién será capaz de describir la angustia que la incertidumbre produce en el ánimo de aquel padre, hasta tanto que pueda asegurarse, por testimonio veraz y fehaciente, de que su hijo está sano y salvo?

O supongamos este otro caso: Estás muy lejos de tu casa, en noche oscura y borrascosa, y desconoces el camino por donde andas. Llegas a un sitio en donde el camino que seguías se divide en dos, y preguntas a un transeúnte, cuál de los dos caminos es el que conduce a la población a que te diriges, y aquél te contesta: «*Supongo* que será este, al final del cual *me parece* se encuentra la población que usted ha nombrado.» ¿Te satisfaría una respuesta tan vaga? De seguro que no: te es preciso estar cierto de que aquél y no otro es el camino que buscas; de lo contrario, a cada paso que des avanzando en él aumentarán tus dudas. No debe

sorprendernos, pues, que haya habido hombres que no pudiesen comer ni dormir tranquilos en tanto que el problema de la salvación de sus almas estuvo por resolver.

Triste es perder los bienes;
Perder la salud, aún más;
Perdiendo *el alma,* ¡oh pecador!
Ya sin remedio estás.

Ahora bien, amado lector; con el auxilio del Espíritu Santo, deseo exponer claramente a tu consideración tres asuntos que, empleando el lenguaje de las Sagradas Escrituras, los denominaremos como sigue:

1.º **El camino de la Salvación.** (HECHOS, cap. 16, ver. 17.)

2.º **El conocimiento de la Salvación.** (LUCAS, cap. 1, ver. 77).

3.º **El gozo de la Salvación.** (SALMO 51, ver. 12.)

Estas tres cosas, no obstante estar tan íntimamente relacionadas, tiene cada una de ellas un fundamento propio, de tal manera que puede darse el caso de que una persona conozca el camino de la Salvación sin tener la seguridad personal de estar salvada; como también se puede dar el caso de que sepa que está salvada, y a pesar de ello no tener de una manera constante el gozo que debe acompañar a ese conocimiento.

Trataré, pues, en primer término del **Camino de la Salvación.**

El antiguo Testamento abunda en figuras o sombras de cosas espirituales. El apóstol Pablo, las empleó también muchas veces en sus Cartas, como por ejemplo: en la primera a los Corintios, cap. 9, ver. 9, dice: «*No pondrás bozal al buey que trilla*», deduciendo a continuación la lección espiritual que encierra. Sirvámonos, pues, de una de estas figuras.

En el libro del Exodo, cap. 13, ver. 13, leemos las palabras siguientes, salidas de la boca de Jehová: «*Mas todo primogénito de asno redimirás con un cordero; y si no lo redimieres,* **le degollarás:** *asimismo redimirás todo humano primogénito de tus hijos.*»

Después de leído este texto, imaginémonos una escena ocurrida hace tres mil años. Dos hombres están en animada conversación el uno sacerdote de Dios, y el otro un israelita muy pobre. Acerquémonos y escuchemos lo que dicen. Pronto comprendemos que el asunto de que tratan es de importancia, y que se ocupan de un borriquillo que se ve junto a ellos.

«He venido a preguntar», dice el israelita, «si no se podría hacer una excepción compasiva en favor de mí, por esta sola vez. Este animalito es el primogénito de una asna que tengo, y aunque estoy enterado de lo que la ley manda en tales casos, confío que se le perdonará la vida. Yo soy muy pobre en Israel, y me vendría muy mal perder este borriquito.»

El sacerdote contesta con firmeza: «Pero la ley de Dios es clara, y no admite dudas: **Todo** *primogénito de asno redimirás con un cordero, y si no lo redimieres, le degollarás.* Trae, pues, el cordero.»

—«¡Ah, señor; no tengo ningún cordero con que redimir!»

—«Entonces, vé, compra uno y vuelve, o de lo contrario el asno habrá de ser muerto. O el asno ha de morir, o el cordero en su lugar.»

—«¡Ay de mí!», contesta el israelita, «entonces todas mis esperanzas se desvanecen, porque soy demasiado pobre para comprar un cordero.»

Mas, he aquí que, durante el curso de esta conversación, una tercera persona se une a ellos, y después de enterada del triste relato del pobre hombre, se vuelve a él y bondadosamente le dice: «No te desanimes; yo puedo remediar tu necesidad»; y añade: «Tengo en casa, en ese cerro cer-

cano, un cordero, criado en nuestro mismo hogar, que *no tiene mancha ni defecto alguno;* jamás tampoco se descarrió, y es muy querido de cuantos están en casa; voy por él.» Al poco tiempo está de vuelta, trayendo el cordero, que momentos después está junto al borriquillo.

Entonces el corderillo es atado al altar, es inmolado, y su sangre derramada, y por fin es consumido del fuego. El justo sacerdote se vuelve al pobre israelita, y le dice: «Llévate el borriquillo a casa, y está seguro de que desde ahora ya no hay que degollarle. El corderito ha muerto en lugar del asno, y por lo tanto, éste, en justicia, debe ir libre, gracias a tu generoso amigo.»

Ahora bien, amado lector: ¿no echas de ver en esta figura, la enseñanza que el mismo Dios nos da de la salvación de un pecador? Su justicia exige por tus pecados «la degollación», es decir, el justo castigo tuyo. La única alternativa es la muerte de un sustituto aprobado por Dios.

El hombre jamás hubiese hallado lo que necesitaba para salir de su desesperada situación; mas Dios lo encontró en la persona de su Hijo. Él mismo ha proveído el Cordero. Juan el Bautista dijo a sus discípulos, mientras fijaba sus miradas en Jesús: «*He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*». (JUAN, cap. 1, ver. 29.)

Y, en efecto, Jesús subió al Calvario, «*llevado como un cordero al matadero*», y allí «*padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.*» (1.ª Pedro, cap. 3, ver. 18.) «*El cual fué entregado por nuestros delitos, y resucitado para nuestra justificación.*» (ROM., capítulo 4, ver. 15.) De modo que Dios no cede en un tilde de sus justas y santas reclamaciones contra el pecado cuando justifica, es decir, cuando absuelve de toda culpa al impío que cree en Jesús. (ROM., cap. 3, ver. 26.) ¡Bendito sea Dios por tal Salvador, y por tal Salvación!

Lector, «*¿Crees en el hijo de Dios?*» (JUAN, cap. 9, ver. 35.) «Sí», respondes, «como pecador digno de ser castigado, he

encontrado en Él a Uno en quien puedo confiar con toda seguridad. De veras creo en Él.» En este caso puedo asegurarte que todo el valor del sacrificio de Sí mismo en la cruz, te sirve delante de Dios, en toda la plenitud con que Dios lo aprecia, de modo tan completo como si tú mismo hubieses sufrido la condenación merecida.

¡Ah, qué Salvación más admirable! Es grandiosa y digna de Dios, como hecha, al fin, por Dios mismo. Con ella satisface los deseos del amor de su corazón, da gloria a su amado Hijo, y asegura la salvación a todo pecador que crea en Él. ¡Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesús Cristo, porque plugo a su voluntad que su propio Hijo llevase a término esta grande obra, y recibiese por ella toda la alabanza; y que tú y yo, pobres criaturas culpables, no sólo alcanzásemos toda bendición por creer en Él, sino que además gozásemos eternamente de la bienaventurada compañía de Aquel que nos ha bendecido! «*Engrandeced a Jehová conmigo, y ensalcemos su nombre a una.*» (Salmo 34, ve.r. 3.)

Mas acaso digas: «¿Cómo es que no tengo completa certeza de que estoy salvado, siendo así que ya no confío ni en mí mismo ni en mis obras, sino única y enteramente en Cristo y en su obra? ¿Cómo es que si bien un día los sentimientos de mi corazón me aseguran que estoy salvado, casi siempre al día siguiente me veo asaltado de dudas, como un buque combatido por el oleaje, y sin anclaje alguno?»

¡Ah!, voy a explicarte en qué consiste tu equivocación. ¿Has visto jamás algún marino que cuando trata de anclar el buque, mande lanzar el áncora *dentro* del mismo buque? Nunca, ¿verdad? Siempre has visto arrojar el ancla *fuera*, y entonces el buque está seguro. Vamos, pues, al caso tuyo. Quizá estés muy convencido de que es la muerte de Cristo tan solamente lo que consigue la salvación, pero te figuras que los *sentimientos tuyos* interiores son los que te han de dar la seguridad de que estás salvado.

Toma la Biblia, porque quiero que veas en ella el modo como Dios da al hombre

El conocimiento de la Salvación.

Mas antes de leer el versículo que enseña *cómo el creyente puede saber que tiene* la vida eterna, voy a redactarlo del modo torcido y equivocado tal como algunos lo aprecian en su imaginación. Helo aquí: «*Estos gozosos sentimientos* os he dado, a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios; para que sepáis que tenéis vida eterna.»

Abramos ahora la Biblia, y mientras vamos a comparar este supuesto texto con el auténtico de la inmutable Palabra de Dios, ojalá que puedas decir de todo corazón como dijo David: «*Los pensamientos vanos aborrezco; mas amo tu ley.*» (Salmo 119, ver. 113.) Pues bien, el versículo que los hombres tuercen, como he dicho, en su imaginación, es el 13 del cap. 5.º de la 1.ª Epístola de Juan, que dice así: «*Estas cosas* **he escrito** *a vosotros que creéis en el Nombre del Hijo de Dios, para que* **sepáis** *que* **tenéis** *vida eterna.*»

La Historia Sagrada da la relación de un acontecimiento que viene muy al caso para explicar cómo podemos tener la certeza de la salvación, según el versículo anteriormente citado. Ese acontecimiento es la salida del pueblo de Israel de la tierra de Egipto. (Exodo, cap. 12.)

¿Cómo podían *saber de cierto* los primogénitos de los millares de Israel que estaban en seguridad durante la terrible noche de la Pascua, y del castigo de Egipto?

Visitemos dos de sus casas, y oigamos lo que allí se dice. Penetramos en una, y encontramos a los individuos de aquella familia temblando de miedo, y llenos de dudas.

«¿A qué causa se deben la palidez y el temblor de todos los que estáis en esta casa?», preguntamos; y el primogénito nos dice que es debido a que el Angel Exterminador va pasando por toda la tierra de Egipto, matando a los

primogénitos, y que, por lo tanto, no sabe qué será de él en tan terrible noche. «Cuando el Exterminador haya pasado de largo nuestra casa», dice el primogénito, «y la noche del castigo sea pasada, entonces sabré que estoy salvado; más, entretanto, no sé ver cómo puedo tener la seguridad de que nada ha de acontecerme. Nuestros vecinos de al lado», continúa él, «dicen que están ciertos de su seguridad, pero yo creo que quien esto diga es *muy presuntuoso*. Lo mejor que puedo hacer es ver de pasar esta larga y triste noche *deseando* que me vaya bien.»

«¿Pero acaso no ha proveído el Dios de Israel un medio para dar seguridad a su pueblo?», decimos nosotros.

«En verdad que sí y nosotros ya lo hemos puesto en práctica. La sangre de un cordero de un año, de un cordero sin mancha ni defecto alguno, ha sido debidamente rociada con un manojo de hisopo sobre el dintel y los dos postes de la puerta de nuestra casa mas, a pesar de esto no estamos seguros de salir ilesos.»

Dejemos ya a estas gentes atribuladas por la duda, y entremos en la casa vecina.

¡Qué notable contraste se ofrece en ella a nuestra vista! La confianza resplandece en todos los rostros. Vedles a punto de marcha, ceñidos sus vestidos a la cintura, bastón en mano, comiendo de pie el cordero asado.

— «¿Sabréis decirnos», les preguntamos, «la causa de vuestra alegría y tranquilidad en noche tan sombría como ésta?», y nos responden: «Estamos aguardando de parte de Jehová las órdenes de ponernos en marcha, y entonces daremos para siempre el último adiós al látigo del cruel capataz, y a la dura esclavitud de Egipto.»

— «Pero, ¿olvidáis que esta noche el Angel de Dios recorre la tierra hiriendo de muerte a los primogénitos?»

— «No lo olvidamos, más bien sabemos que nuestro primogénito está en seguridad. La sangre del cordero ha sido rociada, según nuestro Dios nos mandó.»

— «También lo ha sido en la casa de al lado, y, sin embargo, en ella todos están tristes porque dudan de su seguridad.»

— «Pero, además de la sangre rociada, tenemos el testimonio que Dios mismo ha dado de ella con su Palabra inmutable. Dios ha dicho: «*Veré la sangre y pasaré de vosotros.*» Él está satisfecho con ver la sangre allí fuera, y nosotros descansamos seguros sobre su Palabra aquí dentro.»

La *sangre rociada* nos da **salvación.**

La *palabra hablada* nos da la **certidumbre de ella.**

¿Habrá otra cosa que pueda ponernos más en salvo que la sangre rociada, ni que pueda darnos mayor certeza que su Palabra? Absolutamente nada.

Ahora bien, amado lector: ¿Cuál de estas dos familias te parece que estaba más al abrigo de la espada del Exterminador:

Dirás tal vez que la seguna, cuyos individuos todos gozaban de aquella tranquila confianza.

Pues si así lo crees están en un error. *Ambas familias* estaban **por igual** *en seguridad;* porque en ambas la salvación dependía de que Dios miraba a la *sangre afuera,* y no a los *sentimientos de ellos adentro.* Y si tú también quieres estar cierto de tu propia salvación, amado lector, no escuches el testimonio fluctuante de tus emociones interiores, sino el testimonio infalible de la Palabra de Dios.

«*De cierto de cierto te digo que el que cree en Mí* **tiene** *vida eterna.*» (JUAN, cap. 6, ver. 47.)

A fin de aclarar más este punto, me serviré de un sencillo ejemplo tomado de la vida diaria. Un colono o granjero, no teniendo suficientes pastos para su ganado, pide en arrendamiento una hermosa dehesa próxima a su casa. Pasa algún tiempo, y no recibe contestación del propietario. Entretanto un vecino visita al granjero y procura animarle, diciendo: «Estoy seguro de que te arrendarán la dehesa: ¿no te acuerdas que la pasada Navidad su propietario te regaló alguna caza, y que días después al pasar

en su coche por delante de tu casa, te saludó amablemente?»

Estas palabras parecen sostener las esperanzas del granjero.

Al siguiente día se encuentra con otro de sus vecinos, que le dice: «Me temo que no te arrendarán la dehesa. El señor B, la ha solicitado también, y ya sabes tú cuánta amistad le une con el propietario.» Esta noticia desvanece las esperanzas del pobre colono como si fuesen pompas de jabón.

Por fin recibe una carta por correo, y al reconocer la letra del propietario, la abre con viva ansiedad, y a medida que avanza en lectura, la ansiedad va convirtiéndose en satisfacción que se retrata en su rostro.

«Es cosa hecha», exclama dirigiéndose a su esposa; «¡acabaron las dudas y temores! El amo me arrienda la dehesa por todo el tiempo que la necesite, y en condiciones ventajosas, y *esto me basta.* ¡Qué puede importarme lo que digan los demás! La palabra del amo contenida en esta carta me asegura la posesión.»

¡A cuántas almas les sucede lo que al citado granjero, que, escuchando las opiniones de otros, o los pensamientos del propio engañoso corazón, son llevadas de acá para allá, perplejas y afligidas, cuando bastaría recibir la Palabra de Dios, como tal Palabra de Dios, y la *certeza* pasaría a ocupar el puesto de las dudas!

La palabra de Dios dice que el que cree está salvado, y que el que no cree está condenado. En los dos casos hay certeza, porque Dios lo dice.

«*Para siempre, ¡oh Jehová!, permanece tu Palabra en los* cielos (Salmo 119, ver. 89); y para el creyente de corazón sencillo, *Su palabra* **lo confirma todo.**

«*Él dijo, y ¿no hará? Habló, y ¿no lo ejecutará?*» (NÚM., cap. 23, ver. 19.)

Más pruebas no hay que exigir
Ni más demostración,
Pues sé que Cristo por morir
Cumplió mi salvación.

Mas acaso diga el lector: «¿Cómo puedo estar seguro de que tengo la *verdadera fe?*»

A esta pregunta sólo cabe contestar con la respuesta siguiente: «¿Tienes confianza en el *verdadero Salvador*, esto es, en el bendito Hijo de Dios?

No es cuestión de saber si tu fe es mucha o poca, fuerte o débil, sino de la *valía de la Persona* en quien has confiado. Hay quien se ase de Cristo con la fuerza del que está ahogándose; otro se atreve apenas a tocar la orilla de su túnica; con todo, los dos están igualmente salvados. Los dos han comprendido que en sí mismos no hay nada en que puedan confiar, y que sólo Cristo es digno de poseer toda su confianza; por esto se entregan a Él, descansando en la obra perfecta y de eterna eficacia que Él hizo en la cruz. Esto es lo que se entiende por creer en Él; y suya es la promesa que dice: «*De cierto, de cierto os digo: El que cree en Mí* TIENE *vida eterna.*» (JUAN, cap. 6, ver. 47.)

Guárdate bien, lector amado, de confiar, para la salvación de tu alma, en el arrepentimiento, en tus propósitos de enmienda, en tus buenas obras, en tus sentimientos religiosos, o en tu educación moral practicada desde tu más tierna edad. Puedes confiar *firmemente* en alguna de estas cosas o en todas juntas, y sin embargo, perderte sin remedio. En cambio, la fe *más débil* en Cristo te salva por toda la eternidad, al paso que la fe más firme en cualquiera otra cosa que no sea Él mismo, no es más que el fruto de un corazón engañado y engañador; es el ramaje con que el enemigo cubre la trampa de la eterna perdición.

En el Evangelio, Dios coloca sencillamente ante ti al Señor Jesu-Cristo, y te dice: «*Este es mi Hijo amado, en quien tengo contentamiento.*» «Puedes con toda seguridad», dice Dios, «confiar en el corazón de Jesús, aunque no puedes confiar impunemente en el tuyo.»

¡Bendito, mil veces bendito Señor Jesús!, ¿quién no confiará en Ti, y ensalzará tu nombre?

«Creo de veras en Él», me dijo un día una joven, con cierta tristeza, «y sin embargo, no me atrevo a decir que soy salvada, por temor de mentir.»

Esta joven era hija de un tratante en ganado, y su padre había ido aquel día a la feria.

«Supongamos», le dije, «que vuelto tu padre a casa, le preguntas cuántos carneros ha comprado en la feria, y él te contesta que ha comprado diez. Poco después entra un hombre en la tienda y te pregunta: «¿Cuántos carneros ha comprado hoy tu padre en la feria?» ¿Acaso le contestarías diciendo: «No quiero decirlo por temor de mentir»? La madre, que escuchaba la conversación, dijo con cierta indignación: «Esto sería lo mismo que decir que *tu padre* era un embustero.»

Querido lector, ¿no echas de ver que esta sencilla joven, a pesar de su buena intención, hacía a Cristo mentiroso cuando decía: «Yo creo en el Hijo de Dios, y, sin embargo, no me atrevo a decir que tengo vida eterna, por si acaso dijese una mentira?» ¡Qué osadía!

Mas «¿Cómo puedo estar cierto de que creo de veras?», dice otro. Me he esforzado muchas veces por creer, y he sondeado mi interior para ver si tenía fe; pero cuanto más la busco menos la hallo en mí».

Amigo mío, la manera con que miras estas cosas no puede darte otro resultado, y el decir que te *esfuerzas* en creer, demuestra claramente que andas equivocado.

Voy a presentarte otro ejemplo para explicarte mejor esta cuestión.

Estando en tu casa, entra un sujeto y te dice que el jefe de la estación cercana acaba de morir arrollado por un tren. Pero es el caso que este hombre es de malos antecedentes, y conocido por el más solemne embustero en toda la vecindad. ¿Darías crédito, o te esforzarías siquiera

en dar crédito al tal sujeto? «Claro está que no», me contestas.

— Y ¿por qué no?

— Porque *conozco demasiado* al tal individuo para creer sus palabras—añades.

— Pero, dime: ¿cómo sabes que no lo crees? ¿Miras acaso a tu interior o a tus sentimientos para saberlo?

— No, señor; sólo tengo en cuenta el carácter de quien me trae la noticia—dirás tú.

Luego entra un vecino, y dice: «El jefe de la estación ha sido arrollado esta noche por un tren de mercancías, y murió en el acto.» Después de salir este último, ya te oigo decir prudentemente: «Casi estoy ya por creerlo, porque, a lo que recuerdo, este sujeto no me ha engañado más que una vez, aun cuando vengo tratándole desde muchacho.»

Mas te pregunto de nuevo: «¿Cómo sabes ahora que casi das crédito a este hombre? ¿Es tal vez porque *miras a tu fe?*

«No», contestas; «tengo en cuenta el carácter del que me da aquel informe.»

Apenas sale este hombre de tu casa, cuando entra un tercero. Éste, que es un amigo cuya veracidad te inspira la más absoluta confianza, no hace más que confirmar la noticia que dieron los anteriores.

— «Fulano ya me lo había anunciado», contestas, «pero conociendo su carácter, no quise creerlo; mas deciéndomelo tú, lo creo.»

Insisto, pues, en mi pregunta, que, como recordarás, no es sino repetición de la tuya: «¿Cómo puedes **saber** que crees tan positivamente a tu amigo?»

Contestarás de seguro: «Es porque él nunca me ha engañado, ni le creo capaz de engañarme jamás.»

Pues bien: de igual manera sé que creo al Evangelio; es a saber: creo por ser Quien es, el que me da las noticias.

«*Si recibimos el testimonio de los* **hombres,** *el testimonio*

de **Dios** *es mayor; porque éste es el testimonio de Dios que ha testificado de su Hijo. El que* **no cree a Dios, le ha hecho mentiroso** *porque no ha creído en el testimonio que Dios ha testificado de su hijo.*» (I JUAN, cap. 5, vers. 9 y 10.) «**Creyó** *Abraham a Dios, y le fué atribuído a justicia.*» (ROMANOS, cap. 4, ver. 3.)

En cierta ocasión, un hombre que sentía ansiedad por su salvación, dijo a un siervo de Dios: «¡Ah!, señor; *yo no puedo creer.*» A lo cual el cristiano contestó con gran acierto: «¿De veras?, ¿y a **quién** es a quien no puedes creer?» Esta sencilla pregunta le abrió los ojos. Hasta entonces había pensado que la fe era alguna cosa misteriosa que debía sentir dentro de sí, y que sin sentirla no podía tener la seguridad de su salvación. Pero la fe del creyente pone su mira, no en sí misma, sino en Cristo y en su obra acabada, aceptando confiadamente el testimonio que un Dios fiel da de Cristo y de su obra.

Es por mirar al Salvador que está *fuera de nosotros,* que tenemos la paz del alma; o sea la paz *dentro de nosotros.* Cuando un hombre se coloca cara al sol no puede ver la *sombra* de su cuerpo. De igual modo tampoco puede el pecador mirarse a sí mismo y mirar a la vez a Cristo en su gloria.

Así, pues, vemos que el bendito **Hijo de Dios** gana mi confianza. Su **obra acabada** me pone eternamente en seguridad. Y la **Palabra** que **Dios** ha dado tocante a los que creen en Él, me da la certeza inalterable de tal seguridad. Encuentro en Cristo y su obra el *Camino* de la Salvación; y en la Palabra de Dios el *conocimiento* de esa salvación.

Quizá alguno de mis lectores diga: Si estoy salvado, ¿cómo es que experimento tantas fluctuaciones de ánimo; que tan a menudo pierdo la alegría, y que me siento tan abatido como antes de mi conversión?

Esta pregunta nos lleva a tratar del tercer punto, que es:

El gozo de la Salvación

Hallarás en las Escrituras que, si bien estás salvado por la *obra de Cristo* y de ello adquieres la certeza por la *Palabra de Dios*, has de ser mantenido en el gozo y satisfacción espirituales por el *Espíritu Santo* que habita el cuerpo de cada creyente.

Conviene tener presente que toda persona salvada tiene aún en sí «la carne», esto es, la naturaleza pecaminosa en que ha nacido, y que ya empezó a manifestarse desde sus más tiernos años. El Espíritu Santo en el creyente resiste «la carne», y se ve entristecido por cualquiera manifestación suya, ya sea de pensamiento, de palabra o de obra.

Cuando el creyente anda como es digno del Señor, el Espíritu Santo produce en el alma su fruto, que es: «Caridad, gozo, paz, etc.» (véase GALATAS, cap. 5, ver. 22.) Si anda en camino carnal o mundano, el Espíritu se entristece, y faltan esos frutos en mayor o menor proporción.

Expondré tu situación como creyente en la forma siguiente:

La obra de Cristo / *y* / *tu salvación* } juntamente subsisten o se vienen abajo.

Tu modo de andar / *y* / *tu gozo* } juntamente subsisten o se vienen abajo.

Cuando la obra de Cristo se venga abajo, o caiga en tierra (lo cual es *imposible*, gracias a Dios), *tu salvación* caerá juntamente con ella. Pero cuando incurres en falta por tu modo de andar (y ve con cuidado, porque esto es muy posible), entonces *la alegría* te faltará también.

De los primitivos cristianos está escrito en los Hechos de los Apóstoles: «*Anduvieron en el temor del Señor y en el consuelo del Espíritu Santo*». (Cap. 9, ver. 31.) Y también: «*y los discípulos estaban llenos de* **gozo** *y de* **Espíritu Santo.**» (Cap. 13, ver. 52.)

Mi gozo espiritual estará en proporción del carácter espiritual de la conducta que observe después de mi salvación.

¿Ves ahora, lector, en qué consiste tu equivocación? Confundes el *gozo* de la Salvación con la *certeza* de la misma, que son dos cosas enteramente diferentes. Cuando, por seguir tu voluntad, o por espíritu mundano, o por dejarte llevar de la ira, has entristecido al Espíritu Santo, y, por consiguiente, has perdido el gozo, entonces creiste haber perdido también tu salvación. Mas no es así. Una vez más te repetiré que:

Tu salvación depende de la obra que Cristo hizo **para ti.**

La certeza que puedes tener de tu salvación depende de la Palabra que de ella Dios te da **a ti.**

El gozo de la Salvación depende de no entristecer al Espíritu Santo que habita **en ti.**

Si tú, como hijo de Dios que eres, entristeces al Espíritu Santo, tu comunión con el Padre y el Hijo, quedará de hecho interrumpida, a lo menos por algún tiempo; y hasta tanto que no reconozcas y confieses tu pecado, aquella comunión y el gozo de que va seguida, no te serán devueltos.

Vaya el ejemplo siguiente: Tu hijo ha cometido un acto de desobediencia. Su semblante manifiesta ya que ha hecho algo que no debía. Media hora antes disfrutaba paseando contigo por el jardín, admirando lo que tú admirabas, alegrándose con lo que te alegraba. En otras palabras: estaba en comunión contigo: sus sentimientos y gustos eran comunes con los tuyos. Mas un acto de desobediencia lo ha cambiado todo, y el niño desobediente está en un rincón, hecho el verdadero cuadro de la infelicidad.

Tú le has asegurado que le perdonarás mediante que confiese su falta y se arrepienta; pero su orgullo y terquedad le mantienen suspirando en el rincón donde se ha refugiado.

¿Qué se ha hecho de la alegría que gozaba media hora antes? Ha desaparecido por completo. ¿Y por qué causa? Porque la comunión que existía entre tú y tu hijo se ha interrumpido.

¿Qué se ha hecho del parentesco que existía media hora antes entre tú y tu hijo? ¿Ha desaparecido también? ¿Se ha roto o se ha interrumpido? Por cierto que no.

Su *parentesco* contigo depende de *su nacimiento.*

Su *comunión* contigo depende de *su conducta.*

El desenlace de esta escena lo prueba. El niño se dirige a ti desde el rincón donde él mismo se refugiaba, y con rendido corazón, te confiesa toda su culpa sin dejar nada por decir, de tal modo que comprendes que él aborrece la desobediencia y su culpa, como tú mismo, y en vista de ello le tomas en brazos y le cubres de besos.

¡Ve qué cambio se ha verificado en el rostro del niño! Ha recobrado el gozo porque ha recobrado la comunión con su padre.

Cuando David pecó tan gravemente en el caso de la mujer de Urías, no dijo: «Vuélveme tu salvación», sino: «*Vuélveme* **el gozo** *de tu salvación*». (Salmo 51, ver. 12.)

Continuemos nuestra supuesta historieta, y llevemos el caso un poquito más allá. Supongamos que mientras tu hijo está en un rincón sollozando, y sin dar muestras de querer reanudar la comunión contigo, se oyen alrededor de la vivienda las voces de tus convecinos que gritan: «*la casa arde*», ¿qué va a ser de tu hijo? ¿Vas quizá a dejarlo en aquel rincón para que sea consumido del fuego y sepultado entre los escombros de tu casa? ¡Imposible.

Es más que probable que él sería cabalmente la primera persona que sacarías afuera y que pondrían en salvo. ¡Ah!, no hay duda; y es que tú sabes perfectamente que el *amor del parentesco* es una cosa, y que el *gozo de la comunión* es otra cosa muy distinta.

Ahora bien; cuando el creyente cae en pecado o la comunión con el Padre está temporalmente interrumpida, y

falta el gozo hasta que con corazón contrito se vuelve al Padre y le confiesa sus pecados.

Entonces tomando a Dios por la palabra que ha dado, sabe que es perdonado de nuevo; porque su Palabra declara terminantemente que: «*si confesamos nuestros pecados, Él* **es fiel y justo** *para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad*». (1.º JUAN, cap. 1, ver. 9.)

Pues bien, amado hijo de Dios; ten siempre presente estas dos cosas: *Que no hay ningún lazo más fuerte que el del parentesco; y que nada hay tan delicado como el lazo de la comunión.*

Todo el poder y el consejo de la tierra y del infierno reunidos no pueden anular el primero, mientras que un deseo torpe o una palabra frívola bastan para romper el segundo.

Si estás entristecido sin saber la causa, humíllate delante de Dios, y escudriña tus caminos, y cuando hayas descubierto al ladrón que te robaba el gozo, sácalo de una vez a la luz, es decir, confiesa el pecado a Dios, tu Padre, y júzgate a ti mismo sin la menor reserva por la escasa vigilancia que habías ejercido sobre tu alma, y que ha permitido entrar al enemigo sin resistencia.

Pero no confundas nunca, *nunca,* **nunca,** tu *salvación* con el *gozo* de la misma.

No imagines, sin embargo, que el juicio de Dios sea, ni en un ápice, más leve para el pecado del creyente, que para el del que no cree. Él no tiene dos procederes distintos para tratar al pecado. Él no puede pasar por alto los pecados del creyente como tampoco pasa por alto los pecados de aquellos que rechazan a su Hijo. Pero entre ambos casos hay la gran diferencia de que los pecados del creyente, fueron previstos por Dios, y fueron todos cargados sobre el Cordero (que Él mismo proveyó) pendiente de la cruz en el Calvario, y allí fué vista, discutida y resuelta la gran cuestión de la penalidad del pecado, desde su punto de vista criminal, cayendo el castigo que merecía el pecador sobre

su bendito Sustituto. «*El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero*». (1. PEDRO, cap. 2, ver. 24.)

El que rechaza a Cristo ha de sufrir el castigo de sus pecados en su cuerpo, en el lago de fuego, para siempre. Mas cuando el que está salvado cae en falta, la cuestión del pecado en su «aspecto criminal» *no puede ser suscitada de nuevo*, ya que el mismo Juez la resolvió de una vez para siempre sobre la cruz; pero *la cuestión de comunión se levanta dentro del alma* por el Espíritu Santo cuantas veces el creyente entristece a ese Espíritu.

Permíteme, para concluir, que me valga de otro ejemplo. Es una hermosa noche de luna llena, y parece brillar con claridad argentina mayor que de costumbre. Dos hombres están mirando atentamente una laguna en cuyas tranquilas aguas se ve la luna reflejada, y dice uno de ellos a su amigo que está a su lado: «¡Cuán brillante y redonda está la luna esta noche! ¡Cuán silenciosa y majestuosamente sigue su curso!» Apenas acaba de pronunciar estas palabras, cuando su amigo arroja una piedra a las aguas, y el primero exclama: «¿Qué es esto? ¡La luna se ha hecho pedazos, y sus fragmentos chocan unos contra otros en la mayor confusión!»

«¡Qué absurdo!», replica el que arrojó la piedra. «¡Mírala allá arriba!». La luna no ha sufrido cambio alguno. Sólo son las *circunstancias de las aguas* que la reflejan las que han cambiado.

Creyente aplica a tu caso esta sencilla figura. Tu corazón es como la laguna. Cuando en él no das cabida al mal, el Espíritu de Dios toma de las perfecciones y glorias de Cristo y te las revela para tu consuelo y gozo. Pero en el momento que acaricias un mal pensamiento, o bien sale de tu boca una palabra ociosa, el Espíritu de Dios empieza a turbar las aguas; tus sentimientos de felicidad caen a pedazos, y estás turbado e intranquilo interiormente, hasta que con ánimo quebrantado delante de Dios, le confiesas el pecado que ha sido la causa de tu intranquilidad, y así se

restaura una vez más la calma de tu espíritu, y disfrutas de nuevo el gozo de la comunión.

Pero cuando tu corazón se halla intranquilo, pregunto yo: *¿Ha sufrido algún cambio la obra de Cristo?* En ninguna manera. Tu salvación, por lo tanto, tampoco ha cambiado.

¿Ha cambiado la Palabra de Dios? De cierto que no. Pues entonces la *certeza* de tu salvación tampoco ha sufrido lo más mínimo. ¿Qué es, pues, lo que ha cambiado? Pues es la acción del Espíritu Santo en ti la que ha cambiado, el cual, en vez de tomar de las glorias de Cristo, y llenar tu corazón del sentimiento de **Su** dignidad, se entristece al tener que abandonar este oficio deleitoso para llenar tu conciencia del sentimiento de *tu pecado* y de *tu indignidad*.

Él te priva de tu consuelo y gozo hasta tanto que tú condenes y resistas lo que Él condena y resiste. Cuando esto ha acontecido, la comunión con Dios queda nuevamente restablecida.

¡Quiera el Señor concedernos que seamos más y más celosos de nosotros mismos, a fin de que no demos ocasión de contristar «*al Espíritu Santo de Dios, con el cual estamos sellados para el día de la redención!*» (EFESIOS, cap. 4, ver. 30.)

Querido lector, por débil que sea tu fe, ten la seguridad de que el **bendito Salvador** en quien has depositado tu confianza, jamás cambiará. «*Jesu-Cristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.*» (HEBREOS, cap. 13, ver. 8.)

La **obra** que Él acabó no cambiará jamás. *Todo lo que Dios hace, eso será perpetuo: sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá.*» (ECLES. cap. 3, ver. 14.)

La **Palabra** que Él ha pronunciado, jamás cambiará: «*Secóse la hierba, y la flor se cayó; mas la palabra del Señor permanece perpetuamente.*» (1.ª PEDRO, cap. 1, versículos 24 y 25.)

Así, pues, el objeto de tu fe, el fundamento de tu salvación y la base de tu seguridad, son por igual **eternamente inmutables.**

El amor que por Él siento es inestable,
Y mi gozo crece o mengua sin cesar;
Mas la paz que tengo en Dios es inmutable,
La Palabra de mi Dios no ha de cambiar.

Yo vario; pero Él nunca ha variado,
Y jamás el Salvador podrá morir;
En Jesús y no en mí mismo estoy fiado;
Su bondad es la que me ha de bendecir.

Permíteme te pregunte una vez más: «¿En qué clase vas viajando?» Vuélvete a Dios en tu corazón, te ruego, y respóndele a Él mismo.

«**Sea Dios verdadero** *más todo hombre mentiroso.*» (ROMANOS, cap. 3, ver. 4.)

«*El que recibe su testimonio, éste signó que* **Dios es verdadero.**» (JUAN, cap. 3, ver. 33.)

¡Ojalá que la gozosa certeza de poseer esta «*salvación tan grande*» llene tu corazón, querido lector, ahora y «*hasta que Él* (Jesús) *venga*».

JORGE CUTTING.

PROHIBIDA SU VENTA